

## Palabras en memoria de Daniel

*No sé decirte nada más  
pero tú debes comprender  
que yo aún estoy  
en el camino.*

Goytisolo

Si alguien me preguntara qué preferencias teóricas tenía Daniel Najson, por qué decidió ejercer la práctica psicoanalítica, quiénes fueron sus compañeros de generación o sus supervisores, qué trabajos escribió o en cuántas jornadas o congresos presentó ponencias, con quienes discutió acerca de qué asunto o cualquier otra cosa que entrañe un conocimiento ajustado de su historia institucional, no sabría acertar ninguna respuesta.

Si alguien me preguntara qué pensaba de él como psicoanalista, sabría responder, sí, que era de los mejores.

Hay muchas personas en la APU, y fuera de APU, que le conocieron más cabalmente que yo y que podrían escribir un obituario rico en historias de vida; una vida que fue corta en relación a su deseo de vivir pero que imagino intensa, quizá novelesca. Habría de remontarse el autor de la memoria hasta otras tierras lejanas, cruzando océanos y mares azules para encontrar los antepasados que imprimieron en su rostro los marcados rasgos, la mirada profunda y la sonrisa conmovida y conmovedora de los sobrevivientes.

Yo no tengo más datos que los aportados por los ecos de una transferencia que devino, con el tiempo, en una amistad asimétrica, en la que siempre recibí más de lo que di. No tengo las credenciales habilitantes para la tarea de escribir acerca de Daniel, y, sin embargo, no puedo sustraerme a un mandato de hacerlo, que me impone y se impone, más allá de mí.

Tal vez se trate de la convicción en el poder curativo de la palabra, convicción que me llevó al diván como paciente, a la formación como psicoanalista y a la escritura. De eso hablábamos Daniel y yo. Lo sé aunque recuerdo poco qué se decía. Tengo recuerdos globales, conceptos, palabras que él dejaba caer aquí y allá y que eran bálsamo y semilla.

Sé que Daniel tenía confianza en la palabra.

No sabría decir si era un hombre de fe, en el sentido religioso del término; pero podría jurar que era un hombre de fe.

Tenía fe en la palabra –eso ya lo he dicho–; tenía fe en el hombre, en la amistad, en el amor, en la justicia, en que los buenos sentimientos prevalecerían, siempre.

No era una postura ingenua, más bien se parecía a algo próximo a la sabiduría.

Quien no lo haya conocido puede pensar que la precedente es una reflexión surgida de la idealización que promueven los muertos queridos. Sin embargo, sé que quienes le conocieron y le quisieron, estarán de acuerdo. (No sé de nadie que le conociera que no le haya querido.) Y ese acuerdo debe ser una prueba de que Daniel contenía un espíritu superior.

En el velatorio escuché cosas asombrosas: por ejemplo que sus médicos habían considerado la posibilidad de un doble trasplante para salvarle la vida. Un médico dijo: “Ya sabíamos que era un imposible, ¡pero se trataba de Daniel!”...

Un hermano le había donado un riñón, hacía años. Otro hermano estaba dispuesto a donar uno suyo.

Varios ex pacientes nos reconocimos allí. Una muchacha me miró (el reconocimiento en esas situaciones es el de otros hermanos perdidos en la vorágine de un huracán) y dijo: “Fue mi padre”. “Claro”, respondí.

Y lloramos.

Se dicen muchas cosas en relación a la muerte. Sobre todo nosotros, los psicoanalistas, que hemos perdido la inocencia del paraíso, hablamos mucho del duelo, de los duelos, que se resignifican, que cada uno atrae sobre sí el peso de los anteriores, que con todos y cada uno nos preparamos para enfrentar la propia muerte. Y todo eso es verdad. Se habla mucho de cómo afrontar ese hecho irremediable y ofensivo. Se habla de valentía o cobardía en relación a la muerte. Y se podría decir que Daniel fue valiente en ese sentido. Pero sería una apreciación simple, parcial. Debería decirse también que

él hizo gala de valentía –de modo excepcional– para vivir. Muchos años con la conciencia de la precariedad, en un vivir permanentemente amenazado de cese. ¿Cómo podía reír con tanta alegría? ¿Qué fuerza determinaba que dedicase tanto de su tiempo acotado para escuchar las pequeñas miserias de los otros? ¿Cómo podía sostener la gigantesca generosidad de conmovirse con problemas que comparados con el suyo eran menores, incluso intrascendentes?

Apenas dieciocho días después de su muerte, acontecida el primero de febrero de este año, 2001, Mario Torres escribió una nota en la que lo llama “amigo y hermano”, donde dice que Daniel “transformaba todo en un baño de afecto, comprensión y alegría de vivir”.

Decimos que los problemas de la vida son la vida misma.

Para él los problemas de la vida eran La Muerte, cada día, con conciencia. Y sin embargo disfrutaba, gozaba, experimentaba “alegría de vivir”, y transmitía esa alegría.

No sé si se daba cuenta de cuan imprescindible era para muchos de nosotros. Se entregaba con naturalidad, sin orgullo. Agradecía que le demandaran, que le exigieran, que le pidieran. Aún cuando los reclamos implicaran el sacrificio de horas de sueño o de descanso.

El tenía fe en la palabra como herramienta curativa.

Para decir de él, hoy, cualquier palabra es, sin embargo, insuficiente. Faltarán aquellas que hubieran podido ser dichas y aquellas dichas que pudieron ser texto si el tiempo lo hubiera permitido.

Hablar de él, escribir unas líneas precarias, en su memoria, es un intento de reencontrarlo, de no perderlo completamente, de sanar algo del dolor que nos deja su muerte apresurada. Un intento de detener las imágenes, allí, en aquel momento en que sonreía y nos devolvía la esperanza.

No sé si supo que fue un sembrador de esperanzas.

*Gladys Franco*

*Mayo 2001*